

LAS PIEDRAS DE CHIHAYA

千早の石

LA NUBE RASGADA

Sergio Vega Esteban

世留比男

Publicación enmarcada en el 400 aniversario de amistad entre el mundo hispánico y Japón

QUATERNI

Las piedras de Chihaya 2. La nube rasgada

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: febrero 2014

Copyright © 2014 Sergio Vega Esteban

Copyright © 2014 Quaterni

ISBN: 978-84-941802-3-1

EAN: 9788494180231

IBIC: FJH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José Luis Ramírez C.

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Manuel Dombidau | www.dombidau.com

Imagen de cubierta: Kusunoki Masatsura en “La batalla de Shijōnawate” por el artista Ichiyusai Kuniyoshi (1847)

Ilustraciones: Juan Francisco Quintana Peño

Kanjis: Adachi Norie

Maquetación y pre-impresión: Grupo RC

Impresión: Grafilur, S.A.

Depósito Legal: M-4328-2014

Impreso en España

20 19 18 17 16 15 14 (03)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

RESUMEN DEL VOLUMEN I

Cuando el tiempo en esta tierra doliente se te antoja excesivo y tu cuerpo se queja de los años transcurridos, la mente recuerda vívidamente el pasado lejano, regocijándose en los detalles más nimios, mientras que es incapaz de retener los sucesos más recientes. Y es por esta extraña facultad que atesoramos los ancianos que puedo enumerar detalladamente los sucesos acaecidos durante el final de la era Kamakura, de los que fui testigo por la insondable guía del karma.

El emperador Go-Daigo estaba decidido a restablecer la antigua hegemonía imperial con el apoyo de los grandes terratenientes militares descontentos con el nuevo poder político. Solo con ellos podía soñar con derrocar al clan Hōjō, la familia más poderosa de la nación, que controlaba al *shōgun* y al estado militar que representaba.

Kusonoki Masashige, señor de la provincia de Kawachi, era el depositario de todas sus esperanzas y, cuando la trama fue descubierta y su majestad se vio obligada a abandonar el palacio imperial para refugiarse en la fortaleza de Kasagi, el príncipe Morinaga hizo lo propio en Akasaka, una montaña fortificada por Kusonoki.

Entre los *samuráis* de Kusonoki se encontraba Danjuro, un enigmático y diestro *samurái* caído en desgracia que trataba de encontrar el sentido de su existencia. Había sido cedido recientemente por Iwakura, señor de la provincia de Bingo, para salvarle de la ira de un gran general bajo su mando llamado Yamamoto. Yamamoto seducido por Umiko, la antigua mujer

de Danjuro e instigadora de su desgracia, anhelaba acabar con la vida del *samurái*. Con ese deseo se había presentado en la residencia de Danjuro, exigiendo su cabeza como compensación por una dudosa ofensa a Iwakura. Pero es derrotado ignominiosamente en un duelo y pierde su katana mientras huye.

La noche anterior al duelo Danjuro había conocido a la joven viuda Kiku, quedando ligado a ella de una forma que escapaba a su entendimiento. Pese a ser rechazada su proposición de matrimonio, Kiku no tiene reparos en ayudarlo, lo que provoca que Yamamoto descargue en ella su frustración. No satisfecho con separarla de sus dos hijas, la obliga a servirle en su casa, reservándole las tareas más bajas y castigándola severamente.

Mientras, un comerciante acaudalado llamado Kazuo vivía obsesionado por convertir a su familia en un clan *samurái* y así obtener el prestigio de clase que la costumbre le negaba. Para ello hace venir a Yami, un sobrino que sí cuenta con este nombramiento, desde las salvajes tierras del norte para convertirse en el futuro heredero de la casa. De nada sirve que su hijo Tadakuni se esfuerce por lograr el favor de su padre y que Aiko, la madre del joven, trate de interceder por él. Kazuo estaba decidido y no consentía que nada se interpusiera en sus planes.

Finalmente decide enclaustrar a Aiko y a su pequeña hija Minako en un monasterio zen situado en el monte Timul y casa a Tadakuni con una niña de familia cortesana de la capital para que esté alejado de la casa familiar.

Cuando Tadakuni cae presa del abatimiento, su servidor y amigo Taro le aconseja aceptar la petición de su suegro Kyodo, que le propone encabezar a los guerreros que la familia piensa ceder al emperador en la guerra que se avecina. Kyodo conocía la enorme destreza que Tadakuni poseía con el arco e insiste hasta lograr su aceptación.

¿Y qué ocurría mientras conmigo? No era más que un niño de diez años, dotado de una extraña percepción que no comprendía, acunado por la seguridad de mi campo de arroz, ajeno al resto de la sociedad en una montaña apartada y entregado a la dulce monotonía del trabajo diario. Pero la muerte de mi madre y la guerra sacudió mi mundo y me obligó a separarme

traumáticamente de mi familia y de mi hogar para seguir los pasos de un monje zen llamado Shiro. Sus palabras habían evitado que un *samurái* de nombre Takeshi me matara por una ofensa a su honor y que a cambio lo abandonara todo para seguimos por los caminos, profundamente impresionado por la virtud del monje.

De camino al monasterio de Shiro me separé de ellos accidentalmente al tiempo que enfermaba gravemente. Fue así como conocí a Nangadu, un extraño asceta extranjero, que sanó mi cuerpo y mi mente. Con él descubrí que los poderes que creía poseer en exclusividad eran compartidos por otros, incluido el propio Nangadu, y que no debía temerlos.

Sin embargo, ni siquiera comencé a explorar mi talento, pues sentía que antes debía continuar tras Shiro hacia el monasterio del monte Timul. Allí comenzó mi vida de novicio en compañía de Shoko, mi primer amigo, al tiempo que descubría la perturbadora presencia de la hermana pequeña de Tadakuni: la hermosa y consentida Minako.

Mi vida de aprendiz de monje no era precisamente sencilla y acabé encerrado en una oscura construcción por Ryokan, un monje enfrentado a Shiro por la sucesión del viejo abad.

LA NUBE RASGADA

裂かれた雲



MONASTERIO DEL MONTE TIMUL, MIMASAKA

La oscuridad de la noche sin Luna empezó a mostrar la larga concentración de nubes índigo entre las montañas. Al poco, el mismo cielo sobre ellas adquirió un tono azulado, dejando adivinar un Sol aún oculto entre los picos cubiertos de vegetación. El mundo renacía una vez más, despertando al mismo tiempo a las diez mil cosas que lo habitan.

Pero desde mi forzado encierro no podía ver a mi amado cielo, ni sentir la Vida abriéndose paso. Ningún sonido llegaba desde fuera y la falta de luz tampoco me ayudaba a saber en qué hora del día me encontraba.

En mi obligado silencio había tenido tiempo para recordar a mi familia y a mi campo de arroz, arrebatados cruelmente por aquellos *samuráis* que habían jurado una vez defender y servir a la virtud. También había repasado mi camino tras los pasos de Shiro, la enfermedad que casi me había llevado al otro lado y al extraño curandero que me había atendido.

Por extraño que pudiera parecerme, no lamentaba estar allí, no me arrepentía del atrevimiento que me había hecho merecedor del castigo, ni guardaba rencor alguno hacia Ryokan. Aún no había desarrollado esa enfermiza obsesión de los adultos por tratar que las cosas se amolden a sus deseos y aún mantenía la aceptación del iluminado, el mismo sentido de fluidez que nos acompaña al venir a este mundo y que perdemos en cuanto crecemos y caemos en el sentimiento de separación.

En cambio, sí me inquietaba no saber qué podía esperar a partir de ahora. ¿Me quedaría allí para siempre? ¿Serían capaces los monjes de mantenerme enclaustrado de por vida como ejemplo para los demás? ¿Tan grave era mi falta?

Entre esos oscuros pensamientos me encontraba cuando una voz infantil, que nunca había escuchado antes, surgió de pronto.

—¿Estás ahí?

Procedía de una de las esquinas más alejadas a la entrada. Yo permanecía sentado en silencio en mitad de la choza, presto a colocarme en la incómoda posición del loto por si algún monje abría la puerta para ver qué hacía. Llevaba demasiado tiempo encerrado y no estaba seguro de que hubiera oído bien, pero al poco me llegó más claramente.

—Hola. ¿Hay alguien ahí dentro?

Esta vez me incorporé raudo y me acerqué hasta allí. En ese punto la pared había perdido consistencia y llegaba el sonido del exterior.

—¿Quién me llama? ¿Eres un novicio? No recuerdo tu voz.

—No. Mi nombre es Higa Minako. ¿Qué haces ahí metido?

Mi corazón dio un vuelco. Era Minako, la niña que había visto llegar al templo oculto con Shoko el mismo día de mi propia aparición. Solo podía estar cerca de ella cada cuatro días, durante la clase de pintura. Se colocaba recatadamente tras un biombo pintado con una garza a la orilla de un lago de tal forma que no pudiéramos alcanzarla con la mirada. Sin embargo, más de una vez había logrado eludir sus precauciones y entreverla por algún resquicio, idealizando todo aquello que faltaba para completar su imagen.

Pero ahora estaba allí, hablándome, sin monjes ni restricciones.

—Estoy castigado —respondí nervioso—. Debo orar y purificarme. ¿Qué haces tú?

—Tienes el honor de hablar con una dama. ¿Cómo te atreves a preguntar tal cosa?

—Yo creía que las damas no eran niñas, sino mujeres mayores.

—Eres algo estúpido incluso para ser un monje. ¿Lo sabías?

—Y tú también para no saber que soy un novicio y no un monje.

—¿Y qué diferencia hay? Todos parecéis iguales.

—¿Por qué tardas tanto en responder cuando te hablo? ¿Tanto tienes que pensar?

—No, estúpido. Es el tiempo que tarda mi muchacha paje en escuchar lo que quiero que te diga.

—¿Quieres decir que no estoy escuchando tu voz?

—Claro que no. Un simple novicio no puede ni siquiera soñar con recibir tal honor.

¡Hablabas a través de otra! Experimenté una gran desilusión. Ya había empezado a enamorarme también de la voz que llegaba hasta mí y ahora resultaba que era la de una desconocida. Además, otra persona estaba siendo testigo de todo lo que hablábamos y eso me avergonzaba. Mi reacción visceral inmediata fue enojarme, era como si me hubieran estado engañando.

—¿Y cómo sé entonces que no es cualquiera quien le dice a tu muchacha paje que hable? Podrías ser Shoko gastándome otra broma.

—¿Quién es Shoko?

—Mi amigo.

—Pues no soy Shoko.

—Ya. ¿Y cómo puedo estar seguro?

—¿Cómo te atreves a dudar de quién soy?

—¿Y tú cómo te atreves a decirme las cosas por otra persona? ¿Acaso eres muda?

—Claro que no. Mi condición me prohíbe hablar a un hombre directamente o permitir que me vea.

—Pero yo no soy un hombre, soy un niño.

Pasó más tiempo del habitual sin que me llegara respuesta alguna y temí que se hubiera marchado contrariada. Pese a mi enojo deseaba fervientemente que continuara hablándome, aunque fuera en boca de otra, y lamenté en ese momento haber hablado de forma tan desconsiderada.

Respiré aliviado cuando me llegó de nuevo la voz de la muchacha paje.

—¿Y por qué estás castigado?

—Piensan que robé y no me creyeron cuando lo negué.

—¿Y qué robaste? Aquí no hay nada que merezca ser robado. Todo es muy feo y aburrido.

—Te he dicho que no robé nada. Solo cogí un *samisén* de un amigo para realizar un ritual.

—He escuchado su sonido más de una vez pero prefiero el del *so no koto*. Mi maestro solía decirme que mis interpretaciones

eran sublimes, pero aquí no hay nadie que sepa apreciar mi arte. Bueno, nadie menos mi madre.

—No sé qué es eso, pero mi amigo tocaba su instrumento de una forma tan especial que te hacía volar. Tal vez pudieras tocar el tuyo otro día para que lo escuchara.

—Qué osado. Eres un ignorante. Jamás te invitaría a una interpretación. No posees la categoría suficiente.

—¿No será que no tocas tan bien como dices?

—Las mujeres hacemos muchas cosas mejor que los hombres. Por eso no queréis ni vernos. Os da vergüenza saber lo inútiles que sois.

—Eso no es verdad. En mi pueblo las mujeres trabajan en el campo como los hombres. Todos hacen de todo.

—Mentira. Ni siquiera queréis que sepamos leer y escribir porque sabéis que somos más listas.

—A mí me están enseñando ahora. Tampoco sabía antes. ¿No lo hacen contigo?

—Sí, pero solo caracteres *kana*.

—¿Y eso qué es?

—Una forma de escribir para las mujeres. Los hombres escriben con caracteres *kanji*.

Me quedé perplejo. ¿Una forma de escribir diferente?

—No lo entiendo. ¿Cómo pueden entonces entenderse un hombre y una mujer?

—¡Qué tonto! ¡Pues en *kana*! A los hombres os enseñan las dos formas. Pero a mí no me importa. Mi madre sabe leer y escribir de la otra forma y me está enseñando. Me lee cosas de antiguos sabios que solo ella puede y así me entero de todo.

—¿Qué cosas?

—Pues cosas de sabios.

—¿Como qué?

—La belleza de las flores, por ejemplo.

—Pero eso ya lo sabe todo el mundo. No es ningún secreto.

De nuevo la dilación en la respuesta me hizo intuir su contrariedad y supuse que el tono mesurado con el que su niña paje me contestaba no había sido precisamente el que habría utilizado para transmitirle sus palabras.

—Eres un tonto y me he cansado de hablar contigo. Adiós.

Y tal como habían aparecido se apartaron de la pared, dejándome de nuevo rodeado de silencio, solo que esta vez con el corazón martilleando mi pecho. Había hablado con ella y, sin embargo, lejos de sentirme dichoso, lamentaba la brevedad del encuentro.

El resto de la mañana la pasé recordando cada palabra que habíamos compartido, disfrutando de la aventura prohibida e imaginándola al otro lado lujosamente vestida, con su rostro fijo en la pared dedicándome toda su atención. ¿Habría intentado también adivinar mi rostro? No podía evitar sentirme el niño más especial del mundo.

Antes de acabar el día escuché deslizarse el travesaño que aseguraba la puerta y la luz del Sol de poniente que entraba por el quicio me cegó momentáneamente. Cuando logré enfocar la vista, Shiro estaba sentado frente a mí.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, maestro.

—¿Estás purificándote?

—Practico *zazen* sin descanso.

Shiro se dedicó a mirarme durante un rato con rostro inescrutable y luego volvió a hablar.

—Con tu acto has perturbado el equilibrio de la comunidad. Me equivoqué al pedir que me acompañaras y que abandonararas estos muros de paz y recogimiento. Ryokan opina que nunca deberías haber ingresado y que no lograrás completar tu formación. Además, vaticina nuevas transgresiones por tu parte. La falta ha sido grave y me acusa de ser demasiado indulgente contigo.

Se detuvo y el silencio fue aún más contundente que sus palabras. No pude soportar más la incertidumbre y me atreví a tomar la palabra.

—¿Y qué piensas tú, maestro?

—Que está en lo cierto.

Me quedé mudo. Shiro era el motivo de encontrarme dentro de esos muros y la única persona exceptuando a Shoko a la que me sentía ligada. Su sentencia era algo que jamás hubiera esperado.

—¿Entonces...? —no fui capaz de terminar. Todo parecía indicar que estaba a punto de abandonarme y ya me imaginaba de nuevo en el camino, esta vez solo.

—Las cosas van a cambiar.

—¿Me van a echar?

—No. Yo he intercedido y comprometido a guiarte para evitar que causes más problemas.

—Pero, no lo entiendo. Has dicho que pensabas que no servía...

—Y lo sigo pensando —respondió para mi asombro—. Es evidente que no has nacido para esta vida y que no eres capaz de acatar aquellas normas que suponen un impedimento a los deseos de tu ego. Además, tu influencia entorpece el sosiego de nuestra comunidad. Pero has preguntado qué pienso, no lo que siento.

Se tomó un breve respiro antes de continuar. Yo era incapaz ahora de apartar mi mirada de su rostro, totalmente desorientado.

—Siento que debes estar aquí. Siento que no es casualidad que estuviera en aquel camino cuando gritaste, que percibiera la energía ilimitada liberada en él, que me siguieras hasta aquí y que penetraras en estos muros pese a no haber recibido formación alguna. Tu *karma* te liga aquí y ahora y yo percibo que debo hacer lo posible para que continúes en el monasterio. No trato de desentrañar el motivo, ni acertar a conocer cuál es mi verdadera implicación en todo ello. Tal vez deba aprender una lección de ti, o que seas el catalizador de un cambio en nuestra doctrina. En cualquier caso seguiré haciendo lo posible para que suceda lo que tenga que ser, aunque lo posible no es lo imposible y mi voluntad no puede imponerse a las sagradas reglas de nuestra orden.

Seguía sin asimilar los continuos vaivenes de su confesión, sin entender cuál era su posicionamiento ni qué esperaba de mí, y la pregunta que me lanzó a continuación me alteró aún más.

—Y ahora dime, ¿robaste el *samisén*?

Mi súbito mutismo y recogimiento fue lo bastante elocuente.

—Ya veo. ¿Y lo tomaste para hacer el ritual de paso a la otra vida en el santuario?

—Lo siento —respondí sin ser capaz de mirarle a la cara.

—Robar es un pecado lo suficientemente grave como para expulsar a cualquier novicio, incluso a un monje llegado el caso. ¿Por qué no deberíamos hacerlo?

—No lo sé.

Pasaron unos momentos que me parecieron una eternidad antes de que volviera a hablarme.

—¿Cómo saliste de aquí?

No sabía qué responder. Podía inventar una mentira verosímil pero no lograba organizarla en mi cabeza.

—Shoko me dijo que puedes atravesar paredes y volar por los aires. ¿Es cierto?

Parecía una locura dicho de esa forma.

—Yo solo... A veces me pasan cosas con solo desearlo.

—Ya veo. Ya te advertí sobre los peligros de esas prácticas en el camino. ¿Recuerdas a aquel hombre que decía la chusma que escribía el nombre de *Amida* desde el otro lado de un río?

—Sí, maestro.

—Muchos monjes, después de llevar muchos años meditando la mayor parte del día, acceden a lugares de su conciencia donde anidan ciertos poderes espirituales y también hay personas que, como tú, parecen haber nacido con ciertas cualidades aparentemente extraordinarias. Bien, eso no es *zen*. Ese no es el camino. El hombre no debe dejar de ser hombre, todo aquello que nos distrae de nuestra verdadera conciencia debe ser eliminado. Hablo de deseos, pensamientos egoístas o supuestas aptitudes especiales, que conducen invariablemente al egocentrismo, alejándonos de nuestra verdadera esencia. Nada hay de especial en tus poderes, todo ocurre en el mundo y nada queda ajeno a él, pero cada ser debe ser natural a sus propias inclinaciones. Entre las del ser humano no se encuentran volar o atravesar paredes. Debes olvidarlo de inmediato, no volver a hacer nada semejante, ni siquiera recordar que una vez lo hiciste. No son más que espejismos, distracciones de tu camino. Por mucho que adornes una vasija no debes olvidar lo que es y para qué sirve. Si la aprecias demasiado y te ligas a su belleza pierde su verdadera utilidad, la guardas como un tesoro y no se usa para comer o beber. No te pierdas en tus adornos inútiles, sé un hombre.

Dicho esto se incorporó para marcharse.

—Ahora debes continuar con este acto de constricción. Arrepíentete de tus actos, pide al Buda que te purifique y te haga retomar la Vía.

Cuando apenas le quedaban unos pasos para llegar hasta el quicio se detuvo un instante, como si de pronto hubiera caído en la cuenta de algo que se le olvidaba.

—¿Qué río lleva sus aguas a la montaña?

Parecía que hubiera pronunciado una sentencia en lugar de una pregunta, como si de una revelación se tratara.

—No acabo de entender, maestro...

—No debes de entender nada. Es un *koan*. Abandona tu mente si quieres hallar la respuesta.

—¿Cómo puedo hacer eso?

—Empieza por tener presente que hasta que no encuentres la solución no saldrás de aquí.

Cuando la puerta se cerró su sonido retumbó en mis oídos largo rato.

Los días se fueron sucediendo lentamente. Mis ojos se acostumbraron a la penumbra, pero era incapaz de permanecer mucho tiempo meditando y en su lugar deambulaba nervioso de un extremo a otro tratando de encontrar algún resquicio por el cual espiar el exterior o escuchar lo que fuera que ocurriera. Sin embargo, la construcción era muy sólida y me resultaba imposible. Estaba totalmente aislado del mundo exterior y mi única forma de salir de allí parecía ser encontrar la respuesta al *koan* de Shiro, a esa pregunta ajena a cualquier escrutinio coherente.

Pero había algo que me ofrecía una bocanada de libertad y alegría. Minako me visitaba casi todos los finales del día, cuando las actividades comunitarias llegaban a su fin y suponía que tendría un tiempo de ocio. Sospechaba que, como a mí, la mantenían encerrada contra su voluntad, solo que para ella se trataba del propio monasterio y que yo no era más que una distracción para su tediosa rutina. En todo caso disfrutaba con cada charla, pese a que casi nunca estábamos de acuerdo en nada y

siempre acababa marchando enojada, tachándome de ignorante o analfabeto.

Yo contaba los días por el número de ocasiones en las que la voz de su niña paje me daba las buenas tardes antes de comenzar nuestro intercambio de palabras. Al final me acostumbré a ella, olvidando que no era la voz de Minako, sino la de una extraña, imaginando que estábamos solos los dos y que acudía hasta mí porque de alguna forma yo también era alguien especial para ella.

—¿Sabes cuál es el río que lleva sus aguas a la montaña?
—le pregunté.

—¿Un río que se conduce hasta la montaña? Eso es ridículo. No existe tal río. El agua va al mar. Eres un ignorante.

—No, no. Es un *koan*. Mi maestro me lo ha preguntado. Es como un acertijo y hasta que no encuentre la respuesta no saldré de aquí.

—Pues me parece ridículo que estés encerrado por no saber la respuesta a un acertijo.

—¿Tú sabes la respuesta?

—No pierdo el tiempo en cosas de monjes locos. Es hora de irme. Adiós.

—Te vas porque no conoces la respuesta —le respondí alzando la voz, deseando por una vez ser el que tuviera la última palabra.

También me visitaba Shiro, de forma siempre breve, interesándose por el estado de mi proceso de purificación y por conocer cuál era mi respuesta para ese día.

—La solución es un río al que unos hombres mueven con palas hacia arriba.

—No.

—Uno que desemboca en un lago de montaña.

—No.

—Es uno en el que las truchas arrastran el agua nadando hacia arriba.

—No.

—El que va de una montaña alta a otra más baja.

—No.

Y tras su marcha me preguntaba cuánto duraría aquello, deseando acabar y al mismo tiempo mantener la situación. Era plenamente consciente del hecho de que cuando abandonara mi encierro también dejaría atrás a Minako, pero también mi orgullo se resentía tras fracasar con el *koan* día tras día.

¿Cómo podía existir un río que condujera sus aguas en sentido contrario al resto de los ríos del mundo? Parecía imposible saber la respuesta y encontrarla poco a poco se estaba convirtiendo en una obsesión.

—No la encuentras porque simplemente no la tiene. Ese monje tuyo está loco —me soltó Minako con naturalidad.

—Te equivocas, Shiro es muy sabio y la conoce. Tiene que haber una. Pero es muy difícil.

—A mí, vuestras cosas de monjes me parecen extrañas. ¿Qué ganas sabiendo la respuesta a un acertijo? ¿Tan importante es? Yo sé muchos y mejores y no por ello se es más especial.

—Pues de momento saldría de aquí. No lo haré hasta entonces.

—No paras de repetir lo mismo una y otra vez. Si quieres salir no tienes más que pedírmelo. Yo te abriría la puerta.

—¿De verdad harías eso por mí?

—Pues claro. Si quieres ahora mismo.

El corazón me empezó a latir con fuerza. ¿Realmente sería tan fácil?

—Solo tienes que hacer algo por mí —me pidió.

—¿El qué?

—¿Sabes cuánto pesa una nube?

—¿Qué?

—Ya ves, yo también sé hacer un *koan*. Y además más bonito.

—Eso no es *zen* —le contesté herido.

—Pero tampoco sabes la respuesta.

—Sí que la sé.

—Pues dila.

—Pesa lo mismo que el humo.

—Te lo has inventado.

—Tú también.

—Eres un desagradable.

—Y tú una niña mimada.

—Pues ahí te quedas.

—Pues adiós.

Puede que al principio sintiera un dolor tremendo en el corazón tras cada azorada partida, pero luego recordaba que siempre acababa por regresar. Solo lamentaba no ser capaz de retenerla más.

Aquella noche soñé con Nangadu. De nuevo me encontraba en un bosque frondoso y agradable coronado por un sol radiante y a mi lado el gato orondo se frotaba zalamero entre mis pies.

—Hola, pequeño.

—Hola, Nangadu. ¿Por qué has venido?

—Tú me has llamado.

—¿Yo? Yo no he dicho nada.

—No hace falta ser consciente de un deseo, basta con tenerlo.

¿Qué quieres?

Estaba un poco cansado de tanto acertijo y situaciones incomprensibles, así que decidí dejar de asombrarme o buscar una explicación para las cosas.

—Estoy encerrado —le expliqué—. No puedo salir.

—Sí que puedes, usa tu poder.

—No puedo. Bueno, no sé si debo.

—¿Por qué no debes? ¿Qué te lo impide?

—El *zen* no permite usar poderes.

—¡Qué ridículo! —me contestó mientras se alejaba unos pasos para encaramarse a una roca y situarse frente a mí—. ¿Acaso es natural no usar los pies para andar?

—Mi maestro me dice que eso hace que dejemos de ser personas, que lo olvidamos.

—No hace falta usar o hacer algo extraordinario para perder nuestra esencia. No es importante lo que haces o el medio que empleas. Lo importante es para qué y qué lo motiva. Un mal uso de cualquiera de tus dones puede ser algo que provoque un desequilibrio. ¿Qué más da que sea un pensamiento o el poder de atravesar una puerta?

—Es que si lo hago me echarán del monasterio...

—¿Y tú no quieres eso?

—Creo que no.

—Entonces no los uses.

—Pero si acabas de decirme que debería hacerlo, que era ridículo lo contrario.

—Si usas tus piernas para correr hacia una pared y golpearte la cabeza en ella, ¿podríamos decir que es malo correr?

Me quedé dudando unos momentos.

—El hecho de que no uses tus poderes no es porque sean malos en sí mismos, ni porque renuncies a hacerlo nunca más, simplemente no es conveniente que lo hagas ahora. Es muy sencillo.

En cierta forma me quitó un gran peso de encima.

—Entonces, ¿podré volver a usarlos alguna vez?

—Lo que eres no es algo que puedas perder por un agujero del bolsillo. Tú eliges a cada momento. ¿De qué sirve hacer algo que no deseas o evitar hacer algo que necesitas?

Guardé silencio unos instantes, que el gato aprovechó para lamerse una pata y frotarse después la cara con los pelos húmedos.

—Mi maestro me ha puesto un acertijo para poder salir. Tengo que averiguar la solución y me abrirá la puerta.

—Bueno, entonces debes encontrarla.

—Es muy difícil.

—Eso me imagino si aún estás aquí.

—¿Tú sabes cuál es el río que fluye hacia la montaña?

—No hay ninguno así en todo el mundo.

Por un momento había creído que Nangadu no tardaría en encontrar una respuesta y en lugar de ello me decía indolente que no existía ninguna. Ni siquiera había dudado un solo instante antes de responder. Mi desaliento era patente.

—¿Qué te preocupa?

—No podré salir nunca.

—Eso es mucho tiempo.

—Pero me has dicho que no tiene solución.

—No he dicho eso. Solo he comentado que no hay ningún río que cumpla esa cualidad.

—¿Entonces?

Cada vez comprendía menos.

—Son solo palabras. No trates de usar tu mente, no recurras a lo que crees saber. En su lugar observa lo inútil que resultan tus ideas para comprender la pregunta. Ese maestro tuyo no trata de enseñarte, te conduce por la senda del abandono. Abandona todo lo que no te es útil. Empieza por la mente.

—Pero mis pensamientos son útiles. Me dicen lo que pasó y pasará, lo que soy y lo que debo hacer.

—Las ideas de tu mente son herramientas, al igual que tus pulmones o tu corazón. Sin muchos elementos que forman tu espíritu no podrías vivir en este plano. Sin embargo, no te identificas con tus piernas y dices “yo soy una pierna”, tampoco las usas para todo. Cuando tienes que comer no te sirven para coger la comida del cuenco y mucho menos para digerirla. De la misma forma, tus pensamientos sirven para ayudarte a situarte en el plano físico, pero si tratas de usarlos para todo te pasará como con el pie. Tú no eres tus pensamientos, no eres tu mente.

—Entonces, ¿qué soy?

—Buda.

—Eso es lo que me dicen aquí todos los días pero no lo entiendo.

—¡Y nunca lo harás si usas la mente! Querer comprender es una idea producida por la mente. No comprendas, ¡siente! Siente que ya eres perfecto desde el momento de ser consciente de que existes, que no hay meta que alcanzar, que no hay pasado ni futuro, que no hay división entre el mundo tangible y tú mismo. O mejor dicho, abandona toda idea que poseas de la vida, vacíate y simplemente recibe lo que la intuición te traiga.

Y dicho esto me desperté en mitad de la noche.

¿Había conectado realmente con Nangadu o no era más que un sueño? ¿Qué significaba todo aquello? ¿Sentir? ¿Sin solución? ¿Una respuesta posible sabiendo que no la hay?

El resto de la noche la pasé en vela, pensando que jamás saldría de allí. A partir de entonces no di ninguna solución al *koan*.

—Aún no he hallado la respuesta, maestro —respondía cuando Shiro regresaba.

—Continúa meditando.

Eso era todo.

—Ya no me diviertes —me dijo un día Minako—. Te has vuelto muy serio y apenas cuentas nada.

—Lo siento —fue mi estúpida respuesta. Ni siquiera tenía ganas de discutir.

Dejó de acudir al día siguiente, justo en la única ocasión en la que no se había marchado airada. ¡Qué extraña! ¿Todas las niñas serían iguales?

Y por mi parte comencé a meditar durante más tiempo. Al principio de mi encierro, y en realidad todo el tiempo que llevaba en el monasterio, me había forzado a hacerlo, a obligar a mi ser a emular al resto de monjes buscando doblegar mi voluntad huidiza hacia un estado de calma. Ahora que no había ninguna distracción y que mi ánimo estaba ausente me dejaba simplemente adherir a un tiempo que parecía congelado en un solo instante, sin ninguna pretensión, sin ninguna meta concreta, sin otra cosa que hacer.

Ya no pensaba en el *koan*, ni tampoco en Minako o Nangadu, solo permanecía sentado, observando cómo nacían mis pensamientos uno tras otro, sin que ninguno de ellos fuera lo suficientemente fuerte para no acabar desapareciendo igual que había llegado. Poco a poco, el espacio entre ellos se fue alargando cada vez más y llegó un punto en el que apenas era consciente de si dormía o permanecía en vigilia.

—¿Qué río lleva sus aguas hasta la montaña?

Tuvo que volver a insistir para que tomara conciencia de que Shiro estaba de nuevo frente a mí.

—No hay montaña. No hay río. El agua no baja ni sube —contesté sin pensar.

Shiro pareció aguardar unos instantes, mirándome sin cambiar su rostro inescrutable.

—No —respondió al fin, antes de incorporarse para abandonarme un día más.

Yo ni siquiera me inmuté. Esta vez no sentí frustración por no hallar la respuesta correcta. Seguí allí sentado, apenas consciente de lo que ocurría a mi alrededor.

Antes de salir volvió a hablarme.

—¿Escuchas desde aquí el sonido de la campana que llama a la oración?

—Sí, maestro.

—Mantén tus oídos atentos y sin taparlos haz que no llegue su sonido hasta ti.

—Pero me dijiste que no tratara de usar mis poderes...

—No hablo de que actúes sobre la campana, ni sobre tus orejas. Hablo de tu conciencia. Inténtalo y si lo consigues deseo que me des una prueba de ello.

Y dicho esto cerró la puerta.

¿Qué clase de pruebas eran esas? No existía solución alguna. Ahora que parecía que estaba encontrando cierto equilibrio me desbarataba con un nuevo absurdo. ¿Cómo podía evitar escuchar un sonido sin actuar sobre lo que lo causaba o tapar mis oídos? ¿Con la concentración?

Esa fue precisamente mi losa, pues cuanto más trataba de concentrarme en evitar tomar conciencia del sonido, más claro llegaba hasta mí. Cuanto más luchaba por no oír, más lo hacía. Incluso antes de que me advirtiera sobre ello apenas me había fijado en las campanadas y ahora era imposible dejar de esperarlas.

Al poco tiempo mi estado mental era tan confuso que no estaba ya seguro de casi nada. No tenía claro quién era o qué hacía allí, pues de tanto pensar en la respuesta a las pruebas había empezado a cuestionar todo lo que hasta ahora conocía del mundo. ¿Realmente el agua bajaba de la montaña o era la montaña la que subía? ¿Sonaba la campana cuando no había un oído para escucharla?

—¿Has logrado evitar que suenen?

—No. No puedo hacer nada de lo que me pide, maestro. Creo que nada de todo esto tiene sentido.

Shiro observó mi desesperación con aprobación.

—Vas por el buen camino. Sigue así.

—¿Voy bien? Pero si cada vez estoy más lejos de la solución.

—Eso es porque fijas tu intención en el final del camino, en lugar de lo que ocurre mientras llegas. Conocer la solución no

te aportará nada. Sin embargo, el estado en el que te encuentras ahora, mientras lo buscas, es en sí mismo el verdadero fin.

En ese momento recordé las palabras de Nangadu sobre que debía librarme de la mente y las ideas. Pero si hacía eso, ¿qué me quedaba?

—Cuando el abad habló con Takeshi el día en el que ingresé en el monasterio le llenó las manos de hojas y le dijo que no podía entrar porque tenía demasiadas ideas.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Debo olvidar lo que sé? Yo no quiero hacer eso. No quiero olvidar que tuve una familia, que tengo un amigo...

Shiro aguardó unos momentos.

—Todo pensamiento que albergues sobre quién eres acalla a tu Yo Interno, tu verdadera conciencia. Abandona toda preocupación, toda meta, todo recuerdo. Las preguntas que planteas son propias de un monje con mayor experiencia —respondió mientras se acercaba a la puerta—. Avanzas más aprisa que cualquier otro novicio que jamás hayamos tenido, pero eso no tiene por qué ser algo digno de alabanza. No dejes de esforzarte y no trates de que dé respuesta a todas tus preguntas. Concéntrate en el proceso. Si te pelara una manzana, la cortara y la masticara por ti seguirías hambriento.

Antes de que pudiera tener ocasión de replicar, la puerta ya estaba de nuevo cerrada.

A la mañana siguiente, muy temprano, el travesaño volvió a ser retirado y Shiro apareció junto a Shoko.

—Tu periodo de encierro ha acabado. Vámonos.

Me levanté aún sorprendido y los seguí afuera. Era un día nublado, con rachas de aire arrastrando con violencia algunas hojas que me golpeaban. Me pareció que todo había sido renovado en mi ausencia y me sentí inmensamente feliz por volver a llenar mis pulmones de aire limpio y fresco.

No pude evitar mirar atrás, a la construcción y al vestigio de Minako. Traté de buscar el lugar donde imaginaba que se había sentado para hablarme en tantas ocasiones y me pregunté si volvería a hacerlo precisamente aquella tarde. ¿Me guardaría rencor al comprobar que me había ido sin despedirme?

—A partir de hoy seréis mis alumnos y mi responsabilidad. No os separaréis de mi lado salvo para meditar y hacer vuestras tareas.

Shoko me dio un codazo a tiempo para no tropezar con una piedra. Cuando volví la vista hacia él me sonreía abiertamente, con la sinceridad propia de un niño, haciéndome sentir agradecido de forma inmediata.

—¿Debo seguir buscando la solución a las pruebas?

—¿Podrás oír las campanas el resto de tu vida?

—Bueno, supongo que no. Si me alejo...

—Sin embargo, no podrás alejarte de tus pensamientos, así que continúa trabajando en tu *koan*. Ni que decir tiene que no se tolerarán más comportamientos inapropiados y que cualquiera de vosotros puede ser expulsado —continuaba mientras lo seguíamos.

—¿Qué tenemos que hacer? —se atrevió a preguntar Shoko.

—Dejaros llevar por la corriente —fue su enigmática respuesta.

Y a eso nos dedicamos a partir de ese momento. Ya no hubo las leves restricciones en nuestra educación monástica que habíamos mantenido por nuestra edad y reciente incorporación. Desde ese momento participamos en todas y cada una de las actividades del templo.

Terminando *La Hora del Tigre* nos levantábamos de nuestros jergones para seguir entre bostezos disimulados los pies del resto de monjes hasta el lugar destinado al *zazen*. Allí meditábamos hasta *La Hora del Dragón*, en la que se desayunaba y daban comienzo nuestros quehaceres. Durante la hora que duraban no veía a Shoko, ocupado en mantener limpias las imágenes sagradas, mientras yo me encargaba de barrer las hojas que jalonaban el patio de entrada. No podía por menos que desesperarme por tan tedioso e infructuoso trabajo, pues al día siguiente de manera inapelable volvía todo a cubrirse con las mismas hojas. Yo miraba a las copas de los enormes árboles y maldecía en secreto su cruel comportamiento preguntándome cuál era el sentido de todo aquello. También guardaba rencor para los monjes que me obligaban a hacerlo, aun a sabiendas de lo que ocurriría día tras día.

Después del trabajo volvíamos al *zazen* hasta *La Hora del Caballo*, momento en el que almorzábamos y gozábamos de un tiempo de descanso. Era el único espacio del día en el que Shoko y yo podíamos ir de un lado para otro libremente y nos dedicábamos a recorrer los patios y los huertos en busca de insectos a los que molestar y piedras que coleccionar.

Luego continuábamos nuestra formación con ejercicios de caligrafía, estudio de la filosofía china e historia, además de la vida de Buda y sus enseñanzas. Durante toda la tarde esperaba con devoción la llegada de la clase de pintura y colocación del biombo destinado a Minako. El corazón amenazaba con escaparse a través de mi pecho y a veces sentía pavor de que su latir fuera audible para el resto de los monjes. Como siempre, intentaba reconocerla por algún espacio entre el biombo o los *shoji* del pasillo externo por el que llegaba, pero nunca era capaz de ver más allá del brillo momentáneo de su *kimono*, casi siempre de tonos alegres. ¿Echaría de menos nuestros encuentros? ¿Me recordaría tanto como yo a ella?

Mis conversaciones de aquellas tardes de encierro permanecían en secreto, guardadas y mimadas en mi recuerdo como un tesoro que me arrancara de aquella monótona existencia eclesiástica. Ni siquiera Shoko podía sospechar nada.

A mitad de la tarde abandonábamos al resto de novicios para seguir los pasos de Shiro en el exterior, paseando alrededor de los muros, esquivando ramas y hojas por caminos húmedos y resbaladizos, mientras nos hablaba de escritos de antiguos maestros e iluminados o de cantos y poemas.

No dejaba de asombrarme la facilidad con la que recorría nuestro camino diario, con los brazos cruzados tras su espalda como si se meciera sobre una barca en un lago calmado, siempre colocando su pie en el lugar adecuado sin dudar, con aparente desidia y despreocupación, en claro contraste con nuestros denodados esfuerzos por no quedarnos atrás trastabillando en nuestra lucha por mantener los pies en el suelo.

—De senda en senda oscura vamos recorriendo este mundo. ¿Cómo podremos liberarnos de la eterna rueda del sufrimiento? —nos preguntaba.

—Abandonando nuestra ignorancia, maestro —respondíamos al unísono.

—¿Cómo se hace eso?

—Olvidando lo que creemos saber y recuperando nuestro ser iluminado.

Un día nos planteó una pregunta al acercarnos hasta un arbusto alejado del resto, sobre una pequeña elevación en la cara norte de la montaña que ocupaba el monasterio. A esa hora soplaba el viento con fuerza y sus ramas se movían violentamente de un lado a otro.

—¿Qué se mueve? —preguntó.

De inmediato empezamos a aventurar respuestas:

—Las ramas —intentó Shoko el primero.

—El arbusto —hablé a continuación.

Pero el rostro del maestro permanecía impassible.

—Es el viento quien se mueve —probaba Shoko de nuevo.

—Es el cielo que mueve al viento —pensaba yo en voz alta.

—Ninguno está en lo cierto —contestó enigmático.

Y allí permanecíamos alrededor del enigma, ateridos de frío sin encontrar la respuesta adecuada.

—No lo sé, maestro —se desesperaba Shoko.

—¿Y tú?

—Yo tampoco —confesé.

—No penséis la respuesta, encontrarla dentro de vosotros.

Nos quedamos en silencio, con la mirada perdida en el arbusto esperando que nos llegara la inspiración, pero en su lugar recibimos un pescozón cada uno, tan fuerte y de manera tan inesperada que me caí del susto.

—¡Sois vosotros los que os movéis, necios!

Y dicho esto comenzó a caminar de regreso al templo. Como en ocasiones anteriores en las que nos soltaba algo parecido, no emitimos la menor protesta o hicimos comentario alguno. Shoko se frotaba la cabeza con cara de resignación y al mismo tiempo aliviado de haber acabado el enigma, pero yo ese día estaba harto de tanto acertijo, de tanta lección incomprensible y de seguir los pasos de alguien sin saber la dirección.

—No lo entiendo, maestro —pronuncié en voz alta sin moverme del sitio.

Mi amigo me miró alarmado, reprochándome en silencio mi osadía, pero yo me mantuve firme. Por su parte Shiro se detuvo y giró sobre sí mismo. Me miró largamente, sopesando qué hacer.

Me sorprendí a mí mismo siendo consciente de mi propia determinación. No me movería de allí hasta que tuviera respuestas y algo de eso leyó Shiro, pues acabó regresando hasta nosotros.

—Escuchadme bien, pues no es la moral del mundo que sea yo quien viva las lecciones de la vida por vosotros:

»No existe tú y yo. No existe afuera y adentro. No hay cielo separado de tierra. Tú y *Amida* sois la misma persona. Todo y todos forman parte de un único ser. Nada escapa de tu propio Yo, pues estás contenido y contiene todo el universo. Por lo tanto, el arbusto no es ajeno a ti, cuando él se mueve eres tú quien lo hace.

Para el resto de la comunidad también era una fuente de inspiración y de corrección.

Al regresar de otro de nuestros paseos un novicio de mayor edad nos salió al paso nada más cruzar las puertas del templo.

—Maestro, tengo un grave problema.

—Lo lamento. En este momento estoy muy ocupado y no puedo atenderte. Prueba mañana.

Al día siguiente volvió a ocurrir lo mismo. El joven parecía muy apurado, pero Shiro se mostró desinteresado.

—Hoy no es el día propicio. Prueba mañana.

La incertidumbre y el desasosiego del novicio fueron en aumento cuando volvió a ocurrir lo mismo al otro día.

—Pero maestro, no puedo esperar más. Necesito vuestro consejo urgentemente.

—Está bien, esta noche te escucharé.

Justo antes de empezar la sesión de meditación de la noche Shiro demandó la atención de toda la comunidad.

—Escuchad, hermanos. Entre nosotros hay alguien que mantiene un grave problema.

Señaló al joven y volvió a hablar.

—Ahora puedes consultarme acerca de él. Habla, tienes toda mi atención.

Pero el aludido, al ver todos los rostros girados hacia él y soportar la responsabilidad de haber interrumpido el inicio de la meditación no se atrevió.

Shiro esperó unos momentos antes de asentir.

—Bien, parece que el problema ya ha sido resuelto. Me alegro por ti, hermano, aunque me pregunto si en verdad era un asunto tan grave. Si no recuerdo mal has tenido que esperar varios días hasta poder solucionarlo. ¿Hubieras esperado tanto en el caso de permanecer tu cabeza bajo el agua?

Aunque Tanzan ya había decidido sobre su sucesión, el contenido de la conversación entre los tres monjes permanecía en secreto, y se hablaba mucho de quién sería finalmente el que sustituiría al anciano abad. Los rumores de su próximo abandono de la congregación estaban en boca de todos y los monjes se dividían entre Ryokan y Shiro. Mientras que el primero abogaba por seguir la costumbre de la austeridad y rigidez en las normas para alcanzar la iluminación, Shiro hablaba de cierta relajación, nuevas ideas que asustaban a muchos y alentaban a otros. Lo normal era que el cocinero del templo fuera el elegido y no era de extrañar que tanto Ryokan como sus partidarios defendieran las viejas costumbres.

Una tarde, en la que todos colaborábamos para cortar y retirar un pino muerto muy cerca del refectorio, se produjo un encuentro dialéctico entre ambos.

—Solo gracias a la estricta observación de las normas de Buda se puede alcanzar la iluminación —defendía Ryokan—. Olvidar el ego y la ilusión del Yo con una vida de desarraigo y disciplina es el único camino.

Todos los oídos se esforzaron por captar la reacción de Shiro, aunque los ojos parecieran estar concentrados en la tarea.

—En esencia así es, salvo que no es necesario buscar algo que ya se posee. Como dijo el propio Buda todos los seres nacen

iluminados, por lo que no sería necesario el seguimiento de disciplina alguna y bastaría con reconocer la propia naturaleza olvidada. De esta forma, la revelación puede sobrevenir en cualquier momento, ajena a los años de ardua práctica. Conviene recordar que *satori* significa “despertar”.

—Si eso fuera verdaderamente cierto todos los hombres serían sabios. ¿Qué hacemos entonces aquí, en este templo? —se mofó Ryokan.

—No digo que el *zazen*, el trabajo, la rutina, el desapego o la renuncia sean perniciosos. El trabajo aquí es una ayuda valiosa. Al igual que una vasija, sirve para acercar a nuestra boca el agua que calma nuestra sed, pero una vez que el líquido está en nuestro interior la herramienta ya no es útil. Por eso, darle tanta importancia al método nos aleja del verdadero sentido de su utilidad. Se convierte en el objetivo, en lugar del medio.

—No estoy de acuerdo. Solo con disciplina podemos luchar contra la dependencia del ego, si se baja la guardia volverán los exigentes caprichos de los sentidos y el deseo. Nunca se puede abandonar. Si se retira el puchero del fuego, el agua dejará de hervir.

—Atender a los sentidos o la imagen que se tiene de uno mismo no es del todo equivocado. Ellos nos sitúan en este mundo y reportan experiencias. El problema es aferrarse a ellos de tal forma que nos alejen de nuestra verdadera naturaleza. Aferrarse al método es tan grave como aferrarse a los sentidos. Ambas formas son una manera de coartar nuestra verdadera naturaleza. Desear “no-desear” es también desear. Los antiguos de *Catay* enseñaban sin método, sin palabras, tan solo con su vida. Los adeptos seguían sus enseñanzas de manera espontánea.

—Sí, pero el número de adeptos por maestro no superaba los dedos de una mano. Ahora existen monasterios como este, en los que es necesario la norma para lograr la convivencia adecuada, para llegar a todos y cada uno de los hermanos. Si cada uno fuera de un lado a otro libremente, ¿cómo podríamos tener comida en la mesa, ropa, abrigo...? ¿Cómo hubiéramos realizado el trabajo de hoy sin disciplina?

—El Sol sale cada día sin forzar su naturaleza ni someterse a un método. Nadie anima a la hierba a crecer cada primavera, el río sigue corriendo hacia el mar sin que nadie le indique por dónde. Ninguno de ellos tiene un “porqué” ni “para quién”. De igual forma, si el ser humano sigue su naturaleza sin contaminarse con deseo alguno, hará lo adecuado en cada momento.

Ryokan hizo un gesto de contrariedad.

—Esas palabras recuerdan al *tao*. Aquí hablamos de *zen*.

—El conocimiento es como un lago tranquilo, se puede llegar a él desde cualquiera de sus orillas.

Resultaba curioso que fuera objeto de crítica la disciplina que tanto había influenciado en el *zen*.

—No son más que ilusiones, quimeras —volvió Ryokan—. El más lerdo del pueblo se comporta, como dices, sin pretensión alguna, sin deseo ni voluntad, errando como una hoja movida por el viento y no se le puede considerar un iluminado por ello.

Algunas risas ahogadas acompañaron a ese comentario.

—La conciencia completa dista muy poco de la locura o del absurdo. El cielo se separa de la tierra por la anchura de un pelo. Un tonto vulgar abandona su mente y la deja inactiva, pero si tratas de hacer lo contrario, trabajar la mente para cultivarla y dirigir los pensamientos, te aferras a esa actividad en sí misma, quedando atrapado por dicha pasión del ego. Buscar la vacuidad es quedar atrapado por esa necesidad y lo mismo ocurre con la concentración.

»El iluminado ha abandonado el saber o el deseo de alcanzarlo y no se esfuerza. No trata de evitar los falsos pensamientos ni busca los verdaderos, pues la inocencia es la verdadera naturaleza de Buda.

»Someter al individuo a un arduo método durante largos años para finalmente ofrecerle librarse de él produce un *satori* ilusorio, pues está basado en el alivio que se produce al abandonar las duras penurias pasadas, un alivio similar al de quitarnos una piedra en la sandalia después de dos días de incómodos paseos. Pero esa sensación de agradable plenitud acaba pasando, pues es proporcional a la incomodidad sufrida, y al final resulta que la suela de la sandalia también nos incomoda y seguimos sin

caminar a gusto. La iluminación no es un estado, es un medio para despertar la verdadera conciencia. No se trata de sentirse mejor o peor o de ser más o menos sabio. Todo ello pertenece a las ilusiones protagonizadas por el ego.

Ryokan quería ser el último en hablar, pero no encontraba la manera de lograrlo. Se había envarado tanto tratando de echar abajo las palabras de Shiro que ni siquiera tenía ya claros sus propios argumentos.

—El método es lo importante —volvió al principio, como si la conversación empezara de nuevo—. Enseñamos cómo disciplinar la mente, inculcamos normas y valores a los jóvenes, procuramos solaz al Yo Interno. ¿Cómo podríamos dejar de hacerlo?

Pero la respuesta de Shiro fue totalmente inesperada.

—Por supuesto, hermano.

Y volvió al trabajo con indiferencia. A mí me dio la impresión de que de lo único que había servido aquello era para que los partidarios de uno y otro lo fueran aún más.

De camino al templo, una vez acabado el trabajo, uno de los novicios no pudo evitar preguntar a Shiro sobre su extraña claudicación.

—Perdonad maestro, pero no entiendo el motivo por el cual cediste en la conversación. No entiendo cómo os convenció al final.

—No lo hizo —respondió él.

—Aún lo entiendo menos entonces. Habéis quedado como un derrotado. Sus partidarios se habrán alegrado.

—Un monje no busca victoria o derrota.

—Al menos podríais explicar vuestros motivos —se adelantó otro—. Vuestro argumento nos pareció convincente. Somos muchos los que opinamos que es necesaria una relajación de las normas aquí.

—Estaréis de acuerdo en que permanecer en las normas y los métodos es una forma de aferrarse, lo que enturbia al verdadero espíritu y aleja de la iluminación.

—Eso es, maestro. Entonces, ¿por qué cedió al final?

—¿No opináis que obstinarse en una idea es también una forma de aferrarse?

—Por supuesto.

—Entonces permitidme que no lo haga.

Ese día fue el inicio de un cambio radical en nuestra educación. Shiro no volvió a repetirnos axiomas o elaborados discursos de los grandes eruditos o iluminados, afirmaba que ya estábamos preparados para el siguiente paso.

—Es el momento de olvidar lo aprendido —nos confesó.

Apenas acabábamos de vislumbrar lo que era el *zen* cuando de pronto dejó de tener sentido. Todo el estudio de las palabras de Buda, todas las sesiones de meditación, todas las discusiones, todas las frases aprendidas... Nada de eso parecía tener verdadero valor.

Volvió a preguntarme todos los días sobre el río que permitía a sus aguas ascender hacia la montaña y me obligaba a permanecer largos periodos buscando la solución en la posición del loto. En cuanto a Shoko le propuso otro *koan*:

—¿Qué ruido hace el chasquido de un solo dedo?

—Pero eso no es posible —protestó mi amigo—. Para chascar los dedos hacen falta dos.

—Esa no es la respuesta correcta. Sigue meditando.

Una mañana nos pidió que miráramos al cielo.

—¿Qué veis en lo más alto del cielo?

—Las nubes —nos apresuramos.

—¿Estáis seguros?

En ese momento nos cuestionamos nuestra primera respuesta y empezamos a enredarnos en posibilidades. Tal vez hubiera algún pájaro volando por encima de ellas o quizá se refiriera a la bóveda celeste. Luego pensamos que pudiera ser una estrella, aunque no la viéramos. Seguíamos barajando posibilidades cuando nos agarró las orejas y las retorció. El dolor nos hizo olvidar tanto la pregunta como la respuesta.

Otro día le pregunté sobre el sentido de todo aquello.

—¿De qué sirven sus enseñanzas si no podemos entenderlas?

—¿Cómo podéis dejar de entenderlas? —fue su extraña respuesta.

—Es que soy incapaz de comprender...

—¿Qué es lo que no eres capaz de comprender?

—Todo.

—Pregunta y te responderé.

—¿Por qué nos retorció las orejas el otro día?

—¿Qué te hace pensar que tienes orejas?

—Es por donde le oigo. Están aquí, en mi cabeza.

De pronto se incorporó y gritó:

—¡Kwatz!

Me quedé aún más confuso mientras se alejaba, como si me acabaran de arrojar un cubo de agua.

Pero tampoco Shoko se libraba de soportar su equívoca dirección.

—¿Por qué el ser humano es el único animal que puede hablar? —le preguntó.

—El viento sopla entre los sauces llorones.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—¿Qué hay que no tenga que ver?

Quería indicarnos que miráramos en nuestro interior y olvidáramos nuestros prejuicios mentales, pero no dijo nada de eso.

En cuanto a Takeshi no se había marchado. Como un espectro aparecía en silencio cerca de nosotros cuando seguíamos a Shiro en el exterior de los muros, a apenas unos pasos, sin que nada nos hubiera alertado de su cercana presencia. No trataba de hablarnos y casi siempre permanecía inmóvil, escuchando las palabras de Shiro. Sus ropas estaban cada vez más descuidadas, la barba y el pelo abandonados y de aspecto repulsivo, sus piernas manchadas de barro. No podía evitar seguir sintiendo miedo de su sola presencia y de la *katana* soberbia y cuidada colocada a su espalda, lo único que recordaba su antiguo aspecto insigne e impoluto. Shiro no hacía la menor mención de sus apariciones y se limitaba a comportarse como si no existiera.

Al comenzar *La Hora del Gallo* cenábamos con el resto de la congregación y disfrutábamos de otro rato de descanso antes de volver al *zazen*.

Ryokan seguía infringiéndome duros castigos con su *kyosaku*, la temible vara de madera, golpeando con ella mis hombros y cuello. Era el encargado de vigilar la sesión a esa hora, velando por el correcto posicionamiento del cuerpo y la voluntad de los

adeptos paseándose entre los amedrentados novicios como un tigre a punto de saltar sobre su presa. No olvidaba mi anterior trasgresión y su rencor le conducía irremisiblemente a golpearme constantemente, supuestamente porque había percibido en mí una falta de la debida disposición mental o física y me alertaba de esa forma para que corrigiera convenientemente alguno de los dos aspectos. Pero yo no albergaba la menor duda sobre sus intenciones y tenía por seguro de que hiciera lo que hiciera o aunque llegara al mismo *satori* no podría evitar el correctivo.

A *La Hora del Oso* tomábamos *cha* en la cocina y yo podía al fin descansar mientras recorría con mis manos los moratones producidos en la sesión.

Puede que no fuera feliz, pero había vuelto a la seguridad del día a día que tanto añoraba desde que había dejado mi plantación. Poco a poco volví a olvidar a Nangadu y mis supuestos poderes.

Ahora que miro atrás me doy cuenta de que un espíritu joven teme ser libre aunque lo ansíe y acepta por ello la seguridad del grupo aunque le anule.

MANSIÓN BRILLO DEL CIELO, BINGO

—Con el permiso del señor de la casa me gustaría dirigirme a mi nueva familia.

Kazuo se removió inquieto en su lugar preponderante de la mesa. Desde que Yami se había convertido oficialmente en su heredero, su casa era un cuartel militar, en el que el joven actuaba de general. No hacía otra cosa que dar órdenes a los *bushis* que siempre habían servido a Kazuo, así como supervisar su instrucción, realizar continuas partidas de caza u organizar competiciones entre ellos de todo tipo. Poco a poco su propio papel había ido pasando a un segundo plano. Hoy ni siquiera parecía que fuera a respetarle frente a su familia.

ANTERIORMENTE:



Las piedras de Chihaya 1: El hilo del karma

Y EN MAYO NO TE PIERDAS EL FINAL DE LA AVENTURA:

Las piedras de Chihaya 3: El dragón y el crisantemo

Mientras tanto nos encontrarás en:

Facebook: Las Piedras de Chihaya

Twitter: @chihaya2012

Pinterest: [aterni/las-piedras-de-chihaya/](https://www.pinterest.com/aterni/las-piedras-de-chihaya/)